

No tengan miedo Pbro. Silvio Marinelli

Lucas 12, 1.4.6-7

Cuando una multitud de miles y miles se había reunido, tanto que se atropellaban unos a otros, Jesús comenzó a decir ... *“Yo les digo, amigos míos: no teman a los que matan el cuerpo, y después de esto no tienen más nada que puedan hacer. ... ¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Y sin embargo, ni uno de ellos está olvidado ante Dios. Es más, aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No teman; ustedes valen más que muchos pajarillos”*.

La sugerencia de Jesús, “¡No tengan miedo!”, recurre muchas veces en los Evangelios; podríamos decir que su anuncio y actividad nos vacunan contra todo miedo, con la certeza que le animaba a Él: no estamos solos y abandonados; Dios, el Padre, nos ama como somos. Nos quita el miedo del corazón o nos ayuda a vivirlo de manera nueva.

La experiencia del miedo nos acompaña a lo largo de toda la vida: el niño tiene miedo de ser abandonado, de estar solo, de que nadie lo cuide y responda a sus necesidades; creciendo, el adolescente tiene miedo frente a las perspectivas de la vida adulta, con sus exigencias y demandas; los padres tienen miedo por el futuro, por sus hijos; cuando ancianos tenemos miedo respecto de la dependencia y a la perspectiva de la muerte que se acerca.

Algunos acontecimientos, como la enfermedad, la violencia y la inseguridad de la vida en las grandes urbes, las crisis económicas y también laborales y sentimentales, “disparan” la emoción del miedo.

El miedo – así afirman algunos psicólogos – es manifestación de nuestro instinto fundamental de conservación. Es una reacción “normal” frente a un peligro que amenaza nuestra seguridad física, psicológica o económica, o nuestra tranquilidad afectiva. Detrás del miedo podemos detectar la perspectiva de la muerte que aniquila nuestra existencia.

Los miedos pueden ser reales o imaginarios, justificados o patológicos, agudos o crónicos: siempre provocan sufrimiento, malestar y suscitan a menudo un estado de ansia. Algunas personas esperan sistemáticamente lo peor y viven con la palpitación del corazón. Si el peligro no existe, el ansia lo crea; si existe lo agiganta. La persona ansiosa sufre siempre dos veces los males: antes con la previsión; después con la realidad.

Jesús nos alerta sobre el ansia o el afán, y nos sugiere un remedio: la confianza en Dios y en su Providencia. Ciertamente conoce nuestra vida y también probó nuestros miedos, sin embargo, nos repite: **No tengan miedo**. Nuestra vida no está bajo el caos o el caso o la ley de la jungla en la que vence el más fuerte. Estamos en un plan de providencia del Padre: también los cabellos de nuestra cabeza están contados.

En esta perspectiva el miedo es camino a la fe, entendida como “confianza”; nos ayuda a superar el orgullo narcisista de quien se siente autosuficiente, nos orienta hacia la paternidad de Dios. Nos hace más humildes y se convierte en “hermano miedo” para confiar más en Dios.